

# Guerras de soledad, soldados de infamia

Representaciones de combatientes  
irregulares, clandestinos  
o mercenarios en la literatura  
española

Eva María Flores Ruiz  
y Fernando Durán López (eds.)



2018

# **Conspiraciones, patriotismo y egos revolucionarios en cuatro memorias justificativas de la primera mitad del XIX**

*Fernando Durán López*  
Universidad de Cádiz

**RESUMEN:** Con la crisis del Antiguo Régimen se produce en España también una crisis en el concepto de heroísmo y en los atributos públicos que se asignan al patriotismo. Ahora la sublevación contra un gobierno ilegítimo, usando cualquier medio secreto, clandestino o conspiratorio, puede considerarse un timbre de honor que engrandece la imagen pública de un individuo. Se estudia ese proceso de reivindicación discursiva de los conspiradores a través de las memorias justificativas de Juan Rico, Nicolás Tapia, Juan Van Halen y Eugenio de Aviraneta.

**PALABRAS CLAVE:** Memorias, Revolución, Conspiración, España, Siglo XIX.

## **Conspiracies, patriotism and revolutionary egos in four apologetic Memoirs from the first half of the Nineteenth-century**

**ABSTRACT:** The crisis of the Ancien Régime in Spain leads to a concurring crisis in the concept of heroism, along with a redefinition of the very notion of patriotism. The option of rising against a legitimate government, by means of any secret, underground or conspiratorial procedure, is now reframed as an honourable action contributing to the public reputation of a person. The aim of this paper is to study such a discursive vindication of conspiracy in four apologetic Memoirs, written by Juan Rico, Nicolás Tapia, Juan Van Halen and Eugenio de Aviraneta.

**KEYWORDS:** Memoirs, Revolution, Conspiracy, Spain, Nineteenth Century.

## EL MOMENTO DE LOS HOMBRES DE ACCIÓN

Con la Revolución Francesa vendrá sobre Europa un prolongado vendaval de conmociones y guerras que irá barriendo el viejo orden político, social y moral. Las jerarquías tradicionales dan paso a otras nuevas en que tendrán papel protagonista los «hombres de acción» –por usar un barojiano término referido a Eugenio de Aviraneta–, los individuos capaces de actuar con contundencia, sin escrúpulos ni servidumbres a las viejas normas sociales, abriéndose camino sin disimulo ni conciencia de culpa por encima de los compartimentos estancos que definían las estructuras del Antiguo Régimen. Ahora *homines novi*, como Napoleón Bonaparte o Manuel Godoy, pueden alzarse con el mayor imperio viniendo de los márgenes de la sociedad estatal. Guerras, revoluciones, golpes de Estado, intrigas, algaradas, asesinatos políticos... serán el pan cotidiano durante varias décadas hasta la muy relativa estabilización nacida del Congreso de Viena, que en realidad no es un apaciguamiento general, sino que más bien normaliza una inestabilidad que se hace intermitente más que continua, y regional más que continental. La forma de componer la imagen heroica de un líder militar o político habrá de mutar en este nuevo escenario, donde todos tienen algo que decir contra los demás o en propia defensa, y donde los golpes se intercambian ante la opinión pública, jaleados por un ensordecedor ruido.

En el caso español esto se precipita desde 1807. El súbito descabezamiento del Estado tras el proceso de El Escorial, el motín de Aranjuez y las abdicaciones de Bayona hace que en cuestión de semanas nadie sepa a ciencia cierta qué autoridades ha de obedecer y cuáles pueden –¿deben?– ser desafiadas. En decenas de ciudades se debate si acatar las órdenes de los poderes constituidos es una obligación legítima o si lo es más reemplazarlos por otros improvisados y nacidos de una caótica, pero nunca inocente, mezcla de algarada tumultuaria con maquinación premeditada. Esta repentina niebla de valores hace que el agitador pueda ser un patriota y el representante autorizado de la ley un traidor, y en consecuencia deba ser arrastrado por las plazas o ahorcado de un balcón. Poderes precarios corresponden igualmente a valores precarios, porque es obvio que las cualidades que convienen a una sublevación no son las mismas que acompañan al ejercicio regular de la autoridad. No hay protocolos pautados, líneas rojas ni garantías: nada está

predeterminado. Gana quien más arrojo muestra y mejor mueve los resortes de la masa y la fuerza, o quien con mayor destreza maniobra por los resquicios de la moral. En tal contexto un conspirador deviene héroe sin repudiar las cualidades que lo constituyen un intrigante, antes bien reputándolas méritos patrióticos.

Hombres desconocidos encabezan los disturbios de 1808 y muchos de ellos, pasado el primer y eléctrico momento de crisis, tendrán que justificarse. En tiempos confusos los poderes espontáneos pueden ser derribados tan fácilmente como se elevaron, y cualquier giro los relega a los márgenes, cuando no al calabozo o al cadalso. De ahí que con frecuencia desplieguen campañas de legitimación para que se les reconozcan sus gestas o para que se reconozca que no fueron delitos. Es en ese plano donde tales acciones precisan convertirse en discurso y donde encontraremos el material textual que nos interesa: las memorias justificativas<sup>1</sup>.

### **JUAN RICO, DIRECTOR DE MASAS**

En Valencia, un fraile franciscano, el P. Juan Rico, tuvo papel relevante en el alzamiento contra los franceses y formó parte de la Junta local en representación del pueblo. En diciembre de 1808 fue encarcelado y anduvo en prisiones y procesos hasta 1811. Luego sería activista liberal, exiliado a Londres en 1814, diputado exaltado en 1822 y nuevamente huido a Londres en 1823. Tras su liberación publicó en Cádiz *Memorias históricas sobre la Revolución de Valencia* (Rico, 1811). Escritas en tercera persona, dan su versión de lo ocurrido en Valencia y denuncian el «complot y el escandaloso atentado» (1811: IV) que lo llevó a prisión. Rico narra el alzamiento como una espontánea conmoción del pueblo valenciano, sin liderazgo ni propósito previo:

el pueblo sin fijar sus ideas caminaba en grandes masas por todos los barrios de la ciudad gritando «mueran los traidores», «muera Napoleón» y «viva Fernando VII y nuestra religión y patria». Caminaba a manera de las olas

---

<sup>1</sup> Véanse al respecto los trabajos citados en la bibliografía (en particular, Durán López [1996: 21-45], sobre la retórica y estructura propia de la autobiografía política justificativa).

del mar, sin objeto y sin concierto: todo era confusión y desorden, el pueblo no tenía un director que le guiase, cada uno decía una especie diferente y ninguno se entendía, aunque todos se hallaban animados de los mismos sentimientos y conspiraban al mismo fin (16).

Rico cuenta cómo prorrumpió en un improvisado y vibrante discurso ante la masa (diez o doce mil personas, asegura) pidiendo organización y eficacia. Aunque era un desconocido en Valencia, afirma que los presentes lo vitorearon como su representante y lo obligaron a aceptar el mando. Lo que sigue es la historia de cómo encabezó y dirigió la rebelión, forzando a las autoridades hostiles. Baste constatar los rasgos de su liderazgo: energía ejecutiva inmediata, oratoria electrizante y la capacidad de imponer la fuerza de los hechos y las circunstancias por encima de cualquier autoridad o procedimiento preestablecido por la ley o la costumbre. El patriotismo creaba así su propia legitimidad, como en toda revolución que se precie.

Pero cuando la oposición de las autoridades antiguas amenaza con reprimir la revuelta, Rico, oculto, «se ocupaba en la combinación de los planes con que se había de dirigir la empresa» (37). Se concertó con otros militares y prohombres locales, como Vicente González Moreno y los hermanos Bertrán de Lis, que habían urdido planes revolucionarios por su cuenta. Cabe advertir que los Bertrán de Lis fueron conspiradores de largo recorrido que participaron en intrigas y pronunciamientos liberales en Valencia durante décadas. En este caso ya habían reclutado a combatientes en la huerta y los barrios populares (el «cuartel de Rusafa», 39), pagando a ocho reales diarios su absoluta obediencia. Aunque Rico siempre sostendrá que se opuso a derramar sangre e impidió que grupos incontrolados fuesen a matar a las autoridades, no parece poner objeción alguna a reunir en secreto una milicia pagada, algo que en cualquier contexto ha de entenderse como un acto de sedición. Cuando se decide reemplazar por la fuerza al gobierno local, Rico plantea sustituirlo por una junta compuesta «de todas las clases del pueblo» (42), pero el proceso para designarla consiste en que él elabora una lista de su confianza y la lleva al lugar donde se reunían, «a fin de que la vean y la aprueben unos amigos que están inteligenciados del plan» (43). Y esa media docena de personas cambia tres o cuatro nombres de la lista, que queda de tal modo constituida en representación del pueblo valenciano. Sigue la toma

efectiva del poder mediante una acción militar sobre la ciudadela, urdida por los conspiradores y culminada de forma tumultuaria:

Se acercaba ya el momento preciso de instalar la Junta; ya se había deliberado que los que habían de componerla serían llamados por las autoridades antiguas; y que si estas se opusiesen se usaría de la fuerza para obligarlas a este acto, arrojando a los magistrados y conduciéndolos a la Ciudadela, donde se les obligaría a firmar la orden para convocar a las personas electas, y lo demás que fuese necesario hasta verificar en todas sus partes la instalación del nuevo gobierno (55-56).

Teniendo en cuenta que este documento es una defensa pública de Rico en 1811, llama la atención la franqueza con que presume del uso de la fuerza y de las técnicas conspiratorias propias de lo que no tiene empacho en denominar «el golpe» (48). Nada de este comportamiento de excepción le resulta infamante, sino todo lo contrario. Rico aceptará luego incluir en la Junta a las principales autoridades antiguas, pero será de nuevo una decisión personal negociada con aquellas, y no precisamente de igual a igual. Más tarde incluyó también a Vicente Bertrán porque este se lo pidió atendiendo a que su hermano había «proporcionado a [González] Moreno los hombres con que se apoderó de la Ciudadela, y expendido para esto crecidos caudales» (62). El propio Rico quedó en la Junta en un estatus anómalo, sin pertenecer a ella, pero representando al pueblo, lo que de hecho venía a corroborar el papel dirigente que se atribuye en el proceso revolucionario. Eso no impide para que califique ditirámbicamente a la Junta como «un cuerpo representante de la soberanía» (66), entre grandes elogios por su patriotismo y desinterés. Pero no se le escapa el problema porque gasta más de una página en justificar la legitimidad de lo actuado, a pesar de no haberse respetado ningún procedimiento legal, en función de la urgencia del momento.

Fácil es censurar las operaciones de los hombres en estas épocas de agitación y de peligro, ratiocinando en el fondo de los gabinetes con toda la calma de la apatía, y abroquelados con el egoísmo y con la seguridad individual, cuando no se participa de los mismos riesgos, y de la misma agitación de las borrascas. En lugar de detraer al mérito y gloria de los que se consagran en estas épocas terribles a los más duros trabajos y a los sacrificios más penosos,

jugando sus vidas y aun la memoria de sus nombres, sería más justo que los que presumen de sabios y beneméritos se hubiesen presentado a servir a la patria con sus luces y sus arbitrios en el lance más crítico en que ella podía necesitarlos (66-67)<sup>2</sup>.

La ética de los hombres de acción, pues, invierte los términos de la legitimidad. Solo el que arriesga la vida tiene derecho al poder. Es curioso que esa legitimación por la fuerza y la voluntad la ejerciera un fraile franciscano, pero Rico no deja nunca de involucrarse en ella: se ofrece voluntario para cruzar las líneas francesas y llevar la insurrección a Cataluña, porque «se necesitaba de una persona resuelta y firme que se atreviese por el bien de la patria a arros-trar todos los peligros» (74), pero se lo prohibieron porque su presencia era demasiado necesaria en Valencia, por ser el único a quien el pueblo obedecía.

Los hechos de Valencia los contó Rico en 1811 como le convino. Otros de los protagonistas dieron versiones diferentes (alguno cuarenta años después, como Vicente Bertrán de Lis, en 1852). Lo que interesa no son los hechos reales, sino la manera como el protagonista procesa su imagen pública según lo que dice que ha ocurrido. Vemos ahí una ética nueva, la de la revolución, donde pronunciar un discurso en una plaza, organizar un golpe de mano, hacer elegir un gobierno escogido en un cenáculo, pagar por apoyo armado de milicias irregulares y obligar por la fuerza a las autoridades destituidas a dar apariencia de legalidad a las nuevas son otros tantos motivos de orgullo y honor patriótico. La cualidad esencial de los actos de Rico es haber dado forma

---

<sup>2</sup> En los *Apuntes* de Nicolás Tapia que luego trato se encuentran numerosos pasajes expresando la misma idea, eje de la ética del hombre de acción: «Políticos, que tanto, tanto analizáis las cosas, que todo lo medís con exactitud, que con vuestro antejo de larga vista lo penetráis todo, que con vuestros científicos cálculos deducís futuras consecuencias y que aun soléis pronosticar efectos sin conocimientos de causas; especulad bien el plan con que el héroe del Betis se os presenta ya en España como un verdadero jefe nacional, seguramente cualquiera de vosotros hubiera tomado mil y más veces las gafas y el compás para salir luego diciendo bajo el manto de la prudencia: “imposible, nada se puede hacer”. Muchos hablan; pero pocos hacen. No es lo mismo tener disposición natural que violentarse a tenerla. La lengua se mueve con facilidad, mas suele el locuaz no hallar sus mismos brazos cuando los busca. Muchas veces la voluntad resuelve lo que la pusilanimidad destruye; y aunque es innegable que la ciencia es el timón del mando, también es fuerza conceder que sin espíritu fuerte que la sostenga queda inermes» (Tapia, 1814: cuad. 2º, 43).



a la indignación del pueblo, convirtiéndose espontáneamente en su director y representante. Incluso cuando se pinta en oposición a ese mismo pueblo, mucho más violento y tumultuario, siempre trata de encauzar sus pasiones. Pero nunca se presenta como un conspirador ni un intrigante, ni como un combatiente solitario: sus actos e intrigas son los de un revolucionario y solo las intrigas y actos de sus adversarios quedan teñidos por la sombría tinta del complot y la conjura clandestina.

### **EL SOLITARIO HÉROE DEL BETIS**

Si acudimos a otro actor de las revueltas tumultuarias de 1808, en esta ocasión la de Sevilla, encontramos un relato paralelo al de Rico en el desarrollo de los hechos, pero con una presentación personal más mitomaniaca y egocéntrica, y con matices diferentes que nos interesan para identificar el ascenso discursivo de la figura del conspirador. Nicolás Tapia Núñez de Rendón, de ideas absolutistas, no es un líder providencial que, casi casualmente, por su determinación, se pone al frente de los acontecimientos, sino que está mucho más cómodo en el traje de conspirador. Tapia no pretende ser el elegido del pueblo, sino que él eligió al pueblo: él solo, por su cuenta, creó la revolución.

Nacido en Morón el año 1770, parece ser que se había dedicado a negocios en Madrid antes de la guerra, pero un socio suyo francés a quien había demandado por deudas lo acusó a su vez de conspirar contra Godoy, lo que motivó su encarcelamiento en Cádiz hasta la caída de aquel. En 1808, en Sevilla, se atribuye en completa soledad haber instigado en el pueblo sentimientos antifranceses, en parte con versos y proclamas firmadas bajo el nombre de *Mirtilo Sicuritano*, seudónimo que ya había venido usando en obras literarias publicadas en Madrid. Con esa propaganda y urdiendo los planes convenientes, consiguió sublevar a la ciudad y obligar a las autoridades a formar una Junta Suprema, que más tarde lo encarcelaría en Cádiz casi dos años por rivalidades con el conde de Tilly. Su rehabilitación en 1811 la dedicó a publicar el relato y defensa de su gesta, interrumpido cuando poco después lo desterraron a Ayamonte; luego volvería a Cádiz, pasaría a Sevilla y recalaría en Madrid, siempre en conflicto con los liberales y en infatigable



promoción de sí mismo y su causa. Nos interesa aquí por sus *Apuntes para la historia de España, o verdaderos y únicos principios de la imprevista y milagrosa revolución de Sevilla*, que salieron en números sueltos, en imprentas diferentes de Cádiz, Sevilla y Madrid, entre 1811 y 1814<sup>3</sup>.

Lo más resaltable de este mitomaniaco autor es la desinhibida jactancia con que su heroísmo y patriotismo, los que lo hacen acreedor de gloria nacional imperecedera, se sustentan sobre una conducta solapada, solitaria y conspiratoria. El primer rasgo que cabe adjudicar a este perfil de intrigante entre sombras es la confusión de identidades: Tapia usó los seudónimos –o bien personalidades falsas porque no todas tienen un plano meramente textual–, de *Mirtilo Sicuritano*, *El Incógnito* y *Nicolás Tap y Núñez*<sup>4</sup>, y juega conscientemente con tales nombres para construir su peculiar relato. *Mirtilo Sicuritano* es una suerte de alias literario: es quien escribe y divulga los textos impresos, un avatar de pluma y tinta que funge como historiador de las hazañas de *Nicolás Tap y Núñez*, y las cobija así bajo la (aparente) objetividad de la tercera persona. *Mirtilo Sicuritano* se dice íntimo amigo de *Tap*, a quien este refiere sus secretos y proporciona los apuntes y documentos que aquel divulga. Por otra parte, *Nicolás Tap* (que no Tapia) es el supuesto nombre civil del individuo de carne y hueso que protagonizó dichas hazañas, que caminó por las calles de Sevilla, entró en los despachos del gobierno y dio con sus huesos en varios calabozos. Pero *Tap*, por patriotismo y modestia (o bien en pulcra ejecución de la regla básica de un conspirador), ocultó su nombre durante sus acciones en Sevilla a fin según él de rechazar toda gloria personal, de modo que el personaje político solo respondía a la identidad de *El Incógnito*

<sup>3</sup> Una primera serie salió en Cádiz, hasta catorce números, durante 1811 y 1812, entre las imprentas de Antonio Murguía y de Vicente Lema. Ya en 1814 intentó imprimirlos de nuevo en Sevilla en la imprenta del Setabiense, pero solo salieron dos números por la presión de las autoridades liberales; retomó el empeño a partir de agosto en el Madrid absolutista, donde se publicaron seis cuadernos (equivalen a los catorce de Cádiz, con una pequeña ampliación al final) y finalmente la obra fue prohibida por el gobierno fernandino cuando se estaba tirando el séptimo fascículo. Manejaré un ejemplar de la Biblioteca Nacional (sig. R/60168) de la edición madrileña (Tapia, 1814), no sin advertir que puede haber cambios respecto a la gaditana.

<sup>4</sup> Cabría agregar *El héroe del Betis*, pero esto más que un seudónimo es un epíteto laudatorio de los varios que el autor se asigna.

*de Sevilla*, máscara pública de la persona privada de *Tap* (construcción vagamente encubierta, pero construcción al fin y al cabo, del único sujeto real de esta historia, un evanescente Nicolás Tapia y Núñez de Rendón), cuyas andanzas son contadas por su biógrafo *Mirtilo Sicuritano*.

Si alguna vez la tan decantada amistad de los celebrados Píldes y Orestes ha descendido del monte de la admiración, ha sido en el momento que apareció sobre la tierra la total intimidad de *Nicolás Tap y Núñez* con *Mirtilo Sicuritano*. En próspera y adversa fortuna hemos disfrutado y sufrido con unión y constancia. De aquí es, que siendo inclinado *Tap y Núñez* a metrificar, usó de mi nombre en sus poemas; pero como somos tan inseparables, me es indiferente que cuando se lea *por Mirtilo Sicuritano* crean que la obra es suya o mía. Con todo: como que en algunas cosas que son partes *integrantes* de estos apuntes habla *Nicolás Tap y Núñez* como *Mirtilo Sicuritano*, debo avisarlo para evitar equivocaciones (1814: cuad. 2º, 4-5).

Este reparto de papeles y nombres es un recurso que Tapia hace explícito una y otra vez con un desparpajo que muestra que para él confundir identidades es parte de su imagen pública: convierte de este modo la acción política del personaje en un baile de máscaras propio de una obra de ficción. Y de ahí se deduce que el ego del autor reside tanto en ese juego como en la presunta eficacia política que tuvieron sus actos en el decurso de la historia de España. El patriota que se oculta e intercambia máscaras es de una naturaleza bien distinta al que busca coronar de palomas una estatua en medio de una plaza, con su nombre bien grabado en la peana. Porque ni siquiera a *Mirtilo Sicuritano* se le puede escapar el hecho de que ese carnaval sarcástico, por más que complazca su ego de titiritero político, mina drásticamente la credibilidad histórica y política de sus afirmaciones.

Un segundo rasgo del perfil es su radical insistencia en que todo lo obró completamente solo. Y sus logros no son pequeños, pues afirma que, por sus solas fuerzas y astucias, sublevó Sevilla contra el Emperador:

Don Nicolás Tap y Nuñez, o *el Incógnito de Sevilla*, que es lo mismo, intentó por sí y ante sí la revolución de Sevilla en la noche del 26 de mayo de 1808. El pueblo y la tropa armados le siguieron, autorizaron y obedecieron; para la meditación de este plan es constante que solo eligió por sus íntimos socios a

don Antonio Esquivel y a don Juan Ayús; para su preparación se fio únicamente de sus tíos don José Canal, doña Josefa Núñez de Rendón y de cuatro hijos de estos, en cuya casa se aprestaron todos los utensilios necesarios para su ejecución, está probado que únicamente se prevaleció de ocho soldados y dieciséis paisanos [...] (cuad. 1º, 6-7).

Esos veinticuatro instrumentos se convierten pocas horas después en nueve mil soldados armados, con un tren de artillería, que aguardaron en la plaza de San Francisco de Sevilla a que *Tap* por su sola autoridad entrase en el ayuntamiento, se aposentase en la presidencia y tomase juramento a las autoridades, ordenando declarar el estado de guerra con Francia y de paz con Inglaterra: «y [...] hecho todo a placer del *Incógnito*, se retiró sin tomar la menor parte en lo que acababa de plantear, sin manifestar quién era y aun sin decir su nombre» (cuad. 1º, 7). En otros lugares atribuye a su acción individual haber conservado el trono de los Borbones, derrotado a Napoleón y en suma ganado la guerra, ya que si Sevilla no se hubiese alzado, Dupont habría entrado en ella y luego en Cádiz, y ninguna resistencia habría sido posible en España. Toda esa hazaña personal es la que quiere que se le reconozca, ahora sí, por su verdadero nombre, o si se prefiere, su verdadero seudónimo<sup>5</sup>.

Su problema es que en solo ocho días el conde de Tilly se apoderó de la Junta, «conspiró contra él y lo sepultó en un castillo» (cuad. 1º, 9). Y aunque él presume de haber conseguido la anuencia de algunas autoridades usando de amenazas (cuad. 1º, 8), a Tilly lo acusa de intrigante, usurpador, empleador de mercenarios, comprador de voluntades, sedicioso, intruso, etc. Su rival se las arregló para que todos creyeran que él había sido el cerebro y ejecutor de

---

<sup>5</sup> No me interesa discutir la veracidad de esta inverosímil historia, sobre la que hay abundante bibliografía. Algún pasaje deja entrever grietas, como cuando tras los primeros pasos y reuniones de tropas hechas, según él, por iniciativa suya no consultada con nadie y siendo desconocido de todos, van a buscarlo para que acuda al ayuntamiento donde se ha juntado «un gran congreso» para tomar las determinaciones precisas. En el ejemplar de la colección Gómez Ímaz el historiador anotó: «esto prueba que la revolución se hacía también desde *arriba* y ya reunidos los principales se *avisó* a *Tap*» (cuad. 3º, 84). Quizá el texto no sea tan claro como para extraer una lectura tan contundente, pero desde luego demuestra que su acción estaba incardinada en un proceso en que ocurrían otras cosas. Él nunca quiso presentarse como lo que tal vez fue: un agente que ejecutaba sobre el terreno planes de otros, o en el mejor de los casos un agente libre entre varios que operaron simultáneamente.

la rebelión, de forma que sus aduladores «acabaron de obscurecer la memoria del heroico caudillo hispalense» (cuad. 1º, 9). Esa es la tragedia de Tapia, que su protagonismo hubiese sido suplantado por un conspirador más eficaz. Los *Apuntes*, cuya publicación fue interrumpida por sucesivas persecuciones, si hay que hacerle caso, eran el instrumento para restituir su papel histórico, y se apresuró a enviarle una colección de la tirada gaditana a Fernando VII en junio de 1814 –acompañándola con sendas exageradísimas cartas de *Tap* y de *Mirtilo Sicuritano*–, para reclamar infructuosamente una recompensa. Pero es obvio que, al proseguir adelante con su plan de reimprimir la obra en Madrid dos meses más tarde, el objetivo iba más allá del regio favor: buscaba la visibilidad ante la opinión pública, sin comprender que, una vez restaurado el orden previo, el gobierno absoluto no tenía interés en que persistieran las polémicas de la etapa anterior, incluso si ya solo hablaban sus partidarios<sup>6</sup>.

A la hora de relatar sus métodos de acción para desprestigiar a los franceses, vuelve a asomar la faz de un conspirador, que oculta su identidad, difunde libelos y rumores, adopta disfraces y maniobra en la sombra:

Ve, con dolor de su alma, que por entre las mismas piedras brotan los partidarios franceses en todo el suelo español. Se aflige; recurre a su imparcial pluma ya en prosa, ya en metro; escribe seis poemas; oculta su dinero; se reviste del carácter de la indigencia; se precipita en denigrar pública y privadamente al gobierno francés; arrancha gentes y declama en los sitios más públicos sus poesías como otro Virgilio; predica, exhorta e indica al pueblo la precisión de una revolución repentina. Se constituye en Proteo y, usando varios trajes, propaga siempre solo sus ideas por bodegones, tabernas, billares, cafes, fondas y tiendas (cuad. 2º, 7).

Forma lo que denomina «un triunvirato» con dos amigos y empieza a urdir maneras de recaudar dinero, recabar armas y poner en marcha la revolución en el momento oportuno, y no en un acto de exaltación irreflexiva. Tres días antes de la acción Tapia pasó las noches arrancando los carteles con los bandos e instrucciones de Murat. Es de una candidez ignoro si inconsciente

---

<sup>6</sup> La Biblioteca de Palacio, donde están los libros y papeles de Fernando VII, recoge varias ediciones de los *Apuntes*, entre ellas la enviada por Tapia con su carta original, así como otros escritos que dirigió al monarca en años posteriores.

el modo en que, el mismo día 26 de mayo, dice haber iniciado el movimiento: «reunido el *Triunvirato* se trató sobre la marcha de si se hacía o no la revolución» (cuad. 2º, 14). Casi por casualidad reúne a ocho soldados con el achaque de invitarlos a un buen almuerzo y, ya achispados con el vino, les declaró su intención de levantar Sevilla contra los invasores. Esto, ocurrido en una taberna en el barrio de San Bernardo, le hubo de parecer un tanto frívolo incluso a Tapia, que pone una nota aclarando que «este fue el primero y único conventículo que *Tap* consintió que se formase para echar ya con resolución los cimientos a la milagrosa revolución de Sevilla» (cuad. 2º, 16). En realidad, su interés no es tanto ampararse del cargo de haber maniobrado en reuniones clandestinas como más bien no compartir su mérito con otras personas, ni siquiera los otros triunviros, de cuya conducta bastaron pocas horas para que se desengañase.

El patriótico almuerzo terminó con la toma de juramento a los presentes, que constituyeron así una especie de sociedad secreta informal. Lo demás es dar instrucciones, acordar un santo y seña y los movimientos precisos para actuar, además de entregar a los soldados algo de dinero que mantuviese vivo su entusiasmo. Estos actos tan pragmáticos muestran una vez más la ética del conspirador, no la del revolucionario. Tapia mandó formar a su pequeño ejército, los arengó y discutió con sus amigos cómo conseguir telas para hacer unas banderas, para lo que pensaron en deshacer una colcha que tenía uno de ellos. Una tía de Tapia ejerció de improvisada Mariana Pineda para cortar y coser el paño. Lo siguiente fue conseguir a dieciséis paisanos «de carácter firme y atrevido» (cuad. 2º, 27), eufemismo para gentes del bronce a quienes se atrae con la excusa de emplearlos en una operación de contrabando. Durante la revolución en sí Tapia despliega un modo narrativo mucho más vivo e incluso novelesco, a mayor gloria de su único y exclusivo protagonismo, siguiendo el decantado principio de que *Tap* era «el antípoda de la pusilanimidad» (cuad. 3º, 90). Igual que Rico, subió en solitario a reunirse en el ayuntamiento con los poderes y notables congregados, y por su propia autoridad destituyó a todos y procedió a reconfirmarlos bajo su mando, como hubo de quedarle claro al asistente Hore, a quien asegura haber espetado: «Dupont se acerca, el tiempo corre: yo solo vengo a hacer, no a conferenciar. O se hace lo que mando o V. E. muere dentro de un cuarto de hora» (cuad. 4º, 104).

Otro elemento del perfil es la extrema frialdad y el cálculo. Tapia presume de haber actuado sin revelar a los demás sus intenciones y aparentando una certidumbre total. Así dice haber evitado que su conspiración se convirtiera en un tumulto sangriento:

Parece que *Tap* antes de apelar a esta fuerza [para abrir un portón] debió apremiar al guarda-almacén, pero no es así. Si *Tap* se empeña seriamente en que el tenedor de las llaves las entregue y este se resiste ¿quién contiene en un movimiento popularmente deseado el principio de la efusión de sangre? Y abiertas las puertas al desorden ¿cómo obrar con método? Todo el gran sistema de *Tap* fue no dar al pueblo el menor ejemplo de descomedimiento [...]. El que manda, si ha de hacer algo bueno, es muy preciso que sea despreocupado, y que muchas veces se olvide de su poder, así como otras conviene que haga doble ostentación de su autoridad. Esto no es dado a todos (cuad. 3º, 53).

El control de sí y de los demás, si es preciso a fuerza de mentiras y de ocultar sus verdaderas emociones, es un rasgo repetido. Y a esto hay que sumar que, a pesar de los encendidos discursos y arengas que pone en su propia boca a lo largo del libro –obra rebotante de verborrea–, se pinta como enemigo de la palabrería y amante de la acción: «como *Tap* característicamente es más inclinado a hacer que a hablar, lo incomodaba sobremanera el tiempo que los otros perdían en vanas lisonjas» (cuad. 3º, 60). Pero a la vez entiende que la palabra es un instrumento para actuar, el más poderoso en manos de un hombre de talento, o digamos de un intrigante, pues «es más fácil vencer con la voz que con la espada. En prueba: Napoleón ha ganado con la intriga cuantas batallas ha dado en el Norte; y *Tap* con solo su persuasión se hizo obedecer del muy numeroso pueblo de Sevilla, y de su ostentoso gobierno» (cuad. 3º, 87). El riguroso control de lo que se permite saber al pueblo es otro potente mecanismo, y Tapia presume de dosificar la información. Esas son las mañas de conspirador astuto de que se jacta el héroe del Betis y que él mismo califica de «los logrados ardides de un buen español», aclarando en seguida: «Véase el Cuad. 2º de estos apuntes, en la introducción y págs. 40 a la 45, que es hasta donde efectivamente *Tap* se sirvió de ardides, porque después ya le siguió y sirvió la fuerza armada» (cuad. 5º, 183). Es decir, que



fue un conspirador hasta que se hizo con un ejército y pudo proceder, por tanto, como un general revolucionario.

Parte del perfil novedoso de Tapia –y que lo equipara en un plano más profundo con un exaltado del liberalismo como Rico– consiste en que, pese a ser antiliberal, también es un *homo novus* reclamando un lugar que no le pertenece por clase, pero sí por patriotismo y méritos de guerra. Y haciendo uso de ese derecho, no tiene empacho en imprimir a los cuatros vientos en 1814, bajo el régimen fernandino, «su terrible aversión a los viciados nobles de nuestros días» (cuad. 2º, 9), a quienes acusa de aduladores de los reyes, de Godoy y de los franceses, y de haber abdicado de su obligación de encabezar la revuelta. La verdadera nobleza española, sentencia, reside en el pueblo. Defiende un gobierno monárquico absoluto, pero libre de toda interferencia nobiliaria: «ni España puede ser esclava, ni libertina: de consiguiente debemos todos declarar muerte eterna así a los Aristócratas como a los Demócratas» (cuad. 4º, 109-110). En otro lugar extiende su reproche en general a los «poderosos» y a los «ricos» (cuad. 2º, 19-20), y, al hablar de un platero sevillano que había alardeado de que entregaría su dinero a la revolución, pero que cuando esta se produjo se negó hacerlo, la conclusión es durísima: «Así son todos los ricos, el que da es por bien parecer, por fuerza o por conservar con lo poco de que se desprende lo mucho que le queda. Ninguno de los de esta mala raza padece por su patria, sino por su dinero. Si no quedara uno de ellos, seríamos felices» (cuad. 2º, 30).

Este resentimiento contra las élites –frecuente entre los publicistas liberales en cuanto a la nobleza de sangre, no tanto en lo relativo a las clases adineradas–, lo sitúa en un plano diferente al del común de los absolutistas. Del mismo modo, su radical insistencia en el poder legitimador de unas circunstancias revolucionarias, base misma de su heroísmo y su imagen pública, lo alejan del legitimismo más convencional de los fernandinos:

en la anarquía el pueblo es el que puede y el que manda; y así [...] en Sevilla legitimó el pueblo su poder en el Incógnito, que adoptó y confirmó por su caudillo del modo más legal y patente en el momento de hablar el mismo Incógnito al pueblo desde una ventana de las casas Capitulares [...] y así este pudo, mandó e hizo cosas que no se pudieron deshacer, y que en el día existen y existirán (cuad. 5º, 164).



El gobierno de Fernando acabó interrumpiendo esta publicación, por más que en cada página se cantase su gloria, se zahiriese a los liberales y se incitase a hacer un escarmiento con ellos como no habían visto los tiempos. En ese plano vital, en proclamar la virtud soberana de las circunstancias revolucionarias y la virtud legitimadora de la interacción entre una voluntad popular amorfa y una voluntad individual formadora –la del hombre de acción, *homo nouus* sin pasado ni jerarquía, el rostro ocasional y providencial en que funde los suyos la multitud desorganizada–, el muy liberal Juan Rico y el muy antiliberal Nicolás Tapia se equiparan como dos gotas de agua. Y eso muestra que la dialéctica ideológica entre absolutismo y liberalismo va por un lado, y por otro discurre una dialéctica entre la ética del orden y la ética de la revolución.

### **LEALTADES AMBIGUAS**

Si avanzamos en el tiempo y nos alejamos del momento revolucionario, las cosas se van haciendo aún más confusas y oscuras. Los conspiradores ya no tienen el asidero retórico de la revolución para construir sus egos públicos y defenderlos. Tenemos casos como el de Juan Van Halen, que en 1808 se alzó contra los franceses, luego fue hecho prisionero y juró fidelidad a José, por quien combatió varios años y de quien recibió condecoraciones y ascensos; pero en 1813 falsificó órdenes de Suchet y, en intriga secreta con los patriotas, logró que Lérida, Mequinenza y Monzón se rindiesen a los españoles, lo que le valió mantener su rango en el ejército español sin que le tomasen en cuenta su afrancesamiento. Sobre esto publicó un folleto donde su acción era denominada en el título *estratagema* (Van Halen, 1814), palabra que reconduce sus actos al terreno de la astucia militar legítima y no de los actos conspirativos ilegítimos. No obstante, el texto es claro en cuanto a que con su oferta de traicionar a los franceses buscaba reintegrarse al seno de la patria, y que los métodos usados eran moralmente dudosos y pertenecían al terreno del espionaje:

[el barón de Eroles en sus cartas] pedía a Van-Halen cuantas noticias interesaban, y por último le insinuaba que solo de este modo empezaría a satisfacer los agravios contra su patria. Este escribió de nuevo al Barón, manifestándose

pronto a todo lo que exigiese de él, pero haciéndole reflexiones de lo que ofendía a un oficial la reputación de espía. El general le reiteraba que no omitiese ni reparase en nada de cuanto fuese en favor de la patria, demostrándole hasta el punto que los franceses se habían hecho dignos de toda mala fe (1814: 15)<sup>7</sup>.

Las negociaciones entre Eroles y Van Halen incluyen a un experto en falsificar firmas, la entrega al general español de «las llaves de cifra de todo el ejército» (1814: 15-16), espías llevando y trayendo mensajes de ambos bandos, oficiales mostrando órdenes contradictorias a Van Halen y escrutando su semblante en busca de signos delatores...<sup>8</sup>. Eso sí, el fugitivo deja antes de su huida una carta encima de su mesa explicando a Suchet sus motivos y, curiosamente, disponiendo lo que hay que hacer con una parte de su sueldo que aún se le adeudaba. Espía, pero también caballero. A Van Halen le salió redonda la jugada, que le permitía transitar con una placidez inusitada de un alto grado militar con los franceses a una cómoda posición en la España fernandina. No obstante, en él esa clase de acciones se convirtieron casi en adicciones cuando decidió luchar contra la tiranía absolutista, dando inicio así a lo que en sus memorias denominará «una vida agitada y aventurera» (1828: I, 21).

En 1815 lo encarcelan por conspirar contra Fernando VII, pero pronto fue liberado y ascendido. Ingresó en la masonería. Se complicó en el alzamiento de Torrijos y lo volvieron a encarcelar en 1817 –esta vez la Inquisición–, aunque pudo huir por procedimientos harto novelescos, a París, Inglaterra y

---

<sup>7</sup> En sus posteriores memorias incide en que fue un desplante personal de José Bonaparte a su persona el que lo empujó a aprovechar la oferta de la Regencia que buscaba fomentar las traiciones y desertiones en el ejército josefino. Sus labores como espía las calificará de repugnante sacrificio hecho por patriotismo: «Tamaña clase de sacrificio que en nombre de la patria (tales son las expresiones del exhorto [de Eroles]) exigían de mí, me repugnó desde luego: decidido al cabo a superarlo todo por servirla, me entregué a toda suerte de sacrificios. Una casualidad la más inesperada me hizo conseguir, por medio de un sujeto extranjero, que no sospechaba el uso que podía hacerse, una llave de cifra que parecía forjada para la correspondencia de más importancia» (Van Halen, 1828: I, 9).

<sup>8</sup> «Un desempeño semejante es el más penoso que la suerte pudo depararme; pero mi patria fue satisfecha y Lérida, Mequinenza y Monzón libertadas del vergonzoso yugo extranjero» (1828: I, 11).

finalmente a Rusia en 1818, donde llegó a teniente coronel en un regimiento de cosacos y combatió en el Cáucaso. Parece ser que en Rusia anduvo enredando con la masonería y los decembristas entre la oficialidad del ejército y se cree que por ese motivo fue expulsado del país. Luego estuvo en España, combatió a las partidas realistas en el Trienio, se exilió al Caribe y Estados Unidos, fue uno de los jefes militares de la revolución de julio de 1830 en Bruselas del lado de los belgas sublevados; en 1831 mandó un batallón belga contra los miguelistas en Portugal; desde 1835 combatiré a los carlistas en España. Sobre muchos de estos episodios escribió unas *Memorias* de gran éxito en toda Europa.

En la actividad de Van Halen tendrán un papel central las sociedades secretas, la quintaesencia del mundo conspirativo decimonónico, que el autor proclama verdadero templo secreto de la libertad:

En el silencio más sagrado y a la sombra de autoridades y personas de alta jerarquía se levantó un templo a las luces y al patriotismo perseguido. Mis recientes desgracias contribuyeron a hacerme conocer su existencia. Volé a sus aras, y fui de los primeros que con la efusión más íntima ofrecí, en junio de 1816, todos mis desvelos y sacrificios. [...] El pronto restablecimiento de mi salud me facilitó el medio de permanecer algún tiempo más en Andalucía, dedicándome exclusivamente a enlazar en un centro común las reuniones de hombres decididos que se hallaban aislados y derramados por sus principales ciudades. En este caso se encontraban las sociedades secretas de Cádiz y de la Isla de León (1828: I, 39-40).

Van Halen participó activamente en la creación de una red clandestina que iba ramificándose. Hubo cartas secretas, reuniones subrepticias, contraseñas convenidas, nombres en clave, espionajes cruzados, papeles rebuscados en papeleras, registros y detenciones nocturnas...

Con esto ya entramos de lleno en el terreno de las conspiraciones políticas y los agentes dobles, donde hallaremos al personaje que a la postre ha quedado en la memoria del XIX español –gracias en parte a Pío Baroja– como el conspirador por antonomasia: Eugenio de Aviraneta e Ibarra. Si se acude a la primera página de los *Apuntes políticos o militares, o confesiones de Aviraneta*, se halla un epígrafe que reza: «Trabajos de conspiración hechos

desde 1814 hasta 1820 en Castilla, en unión con el general Empecinado»<sup>9</sup>. Y de hecho Aviraneta ha quedado asociado a esa idea, que es obvio que no le desagradaba, pero que tenía que materializar luego en términos de respeto, patriotismo y las ventajas consiguientes para su carrera y su ego. El itinerario del personaje avala esta imagen de conspirador, hasta donde podemos conocerlo por certeza y separar la realidad de las mixtificaciones, cosa no demasiado fácil. En la Guerra de la Independencia, el Sexenio Absolutista y el Trienio combatió con las partidas de Merino y el Empecinado, respectivamente contra los franceses y contra los realistas. En 1823 pasó a Portugal, donde lo apresan los realistas portugueses, pero se fugó a Gibraltar y viajó por Tánger y otras ciudades; en 1825 anduvo por México y el Caribe, conspirando en diversos proyectos que incluían la intervención militar española en los asuntos mexicanos. En 1834 se halla en el centro de una conspiración llamada «La Isabelina», por la que estuvo preso algún tiempo; tomó parte en distintos sucesos revolucionarios durante 1836, pero su gran momento llega en 1837, donde protagoniza una complicada operación de espionaje para acabar con la guerra carlista, falsificando documentos que hicieran creer al pretendiente don Carlos que su principal general, Maroto, conspiraba contra él. Así declara haber tenido, en la sombra, un papel crucial para la ruptura del mando carlista y para que Maroto negociara con Espartero la paz de Vergara. Participaría luego en distintas intrigas políticas alrededor de la reina gobernadora María Cristina, a cuyo círculo pertenecía y a quien seguiría sirviendo cuando aquella se instalase en el exilio en Francia. Sobre todas estas andanzas escribió algunos folletos impresos (Aviraneta, 1844, entre otros), pero sobre todo unas memorias manuscritas en varios cuadernos, de complicada genealogía, que circularon en el entorno de María Cristina y por manos de varios historiadores (y de Pío Baroja) en distintas copias, donde como se ha señalado ya la palabra *conspiración* adquiere un timbre de honor desconocido hasta entonces. Ahora la razón de Estado será la que honre el patriotismo, el fin que justifique cualquier medio. Así en su libro de 1844 proclama frente a sus enemigos la nueva verdad:

---

<sup>9</sup> Archivo Histórico Nacional, *Diversos*, Títulos y familias, Archivo de la Reina Gobernadora María Cristina, 3490, leg. 413, exp. 1, doc. 3. Consultado en línea a través de PARES.

Hace poco al caso que se hubiesen impulsado aquellos acontecimientos por medios más o menos comunes y vulgarmente morales; lo que importa es que los resultados hubiesen correspondido a lo que tan ardientemente deseaban todos los buenos españoles, la conclusión de la guerra civil (Aviraneta, 1844: 6).

Lo dice a las claras: la vulgar moral hace poco al caso.

### **YO, CONSPIRADOR; YO, PATRIOTA**

Sublevarse contra el invasor francés y las autoridades sumisas a este en 1808 era encabezar la revolución (Rico) o crearla (Tapia), pero actuar como espía para entregar ejércitos y plazas cambiando de bando (Van Halen) o intentar derrocar la tiranía fernandina infiltrándose en el enemigo (Aviraneta) ya era simple y llanamente conspirar, una labor oculta, solapada y de pequeños grupos, donde la épica quedaba excluida. Sin embargo, hay una sustancial continuidad entre ambos extremos, una suerte de flujo de legitimidad por el que la supuesta gloria en los fines se traslada también a los métodos. Será así como actividades clandestinas contra el gobierno adquieran pleno título de nobleza en la lucha por la libertad. Desde entonces y hasta el día de hoy. Entre 1814 y 1820, y de nuevo de 1823 a 1833... y más allá, España vivirá la época dorada –si así se pudiera calificar– de los pronunciamientos, los complots, el espionaje, los agentes dobles, los traidores, las cartas cifradas o escritas con tinta simpática y los complejos códigos secretos que rigen las actividades de los conspiradores... Y en tal coyuntura un conspirador –ahora autoproclamado tal sin matices ni malabarismos verbales– puede alzarse ante la nación como un héroe orgulloso.

En ese mundo paranoide nadie está seguro de quién espía para quién: los exiliados londinenses pasaban de conspiradores a delatores en un pestañeo y los Torrijos de turno eran atraídos con mezquinos engaños hacia la playa donde encontrarían su destino. La leyenda inmortalizará la muerte –esa sí indiscutiblemente épica– de los combatientes, y tenderá a olvidar el tejido de miserias que compone la historia de esos pronunciamientos fallidos o triunfantes: falsificaciones, identidades supuestas, dobleces, sobornos, cómplices escogidos entre lo peor de la briba, lealtades fingidas, robos de papeles, men-

tiras deshonrosas que conducen a la muerte, al exilio o a la prisión... Solo algunos de los protagonistas de estas «hazañas» quedarán tan marcados por ellas, ante sí mismos y ante los demás, que optarán por convertirlas en una seña de identidad y en la base de sus méritos patrióticos. Se trata, en ese caso, de procesar discursivamente códigos de conducta que no son los convencionalmente considerados honorables ni propios de la imagen que los militares del XIX desean proyectar de sí mismos –de la realidad no hablo, claro está, que siempre se aleja tanto de los discursos como el barro de las nubes– y, en cierto modo, proponer una ética de combate en que la revolución y el patriotismo están más allá de la moral.

### OBRAS CITADAS

- AVIRANETA, Eugenio de (1844): *Memoria dirigida al gobierno español sobre los planes y operaciones puestos en ejecución para aniquilar la rebelión de las provincias del norte de España*. Segunda edición, D. Narciso Sanchiz, Madrid.
- BERTRÁN DE LIS, Vicente (1852): *Apuntes biográficos de Don Vicente Bertrán de Lis, o sea apéndice a los folletos titulados «Los Gobiernos y los Intereses Materiales» escritos por el mismo*, Establecimiento Tipográfico Militar de los Señores Mateo y Torrubia, Madrid.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (1996): estudio preliminar a Manuel José Quintana, *Memoria del Cádiz de las Cortes*, Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 9-68.
- (1997): *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Ollero & Ramos Editores, Madrid.
- (2002): «Fuentes autobiográficas españolas para el estudio de la Guerra de la Independencia», en Miranda Rubio, Francisco (coord.), *Congreso Internacional: Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia, Pamplona, 1-3 de febrero de 2001*, Eunat, Pamplona, pp. 47-120.
- (2004): «“Entrar dentro de sí mismos”: la crisis del Antiguo Régimen en las autobiografías de sus protagonistas», en Álvarez Barrientos, Joaquín (coord.), *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Biblioteca Nueva-Universidad de Cádiz, Madrid, pp. 331-372.
- RICO, Juan (1811): *Memorias históricas sobre la Revolución de Valencia, que comprehenden desde el 23 de mayo de 1808 hasta fines del mismo año, y sobre la causa criminal formada contra el P. F. Juan Rico, el Brigadier D. Vicente González Moreno, el Comisario de guerra D. Narciso Rubio y otros. Las escribe y publica el primero, para inteligencia de la nación y de la Europa*, D. Manuel Santiago de Quintana, Cádiz.

TAPIA, Nicolás (1814): *Apuntes para la Historia de España, o verdaderos y únicos principios de la imprevista y milagrosa revolución de Sevilla, realizada en la noche del 26 de Mayo del año de 1808. Escritos, corregidos y enmendados por Mirtilo Sicuritano. Dedicado al Rey Nuestro Señor (q. D. g.) Don Fernando VII de Borbón el deseado, el perseguido, el amado. Segunda edición*, Imprenta que fue de Fuentenebro, Madrid.

VAN HALEN, Juan (1814): *Restauración de las plazas de Lérida, Mequinenza y Castillo de Monzón por medio de una estratagema. Ocupación de estas por una de las divisiones del primer ejército español en los días 13, 14 y 16 de Febrero de 1814*, Imprenta Real, Madrid.

— (1828): *Narración de Juan Van Halen, jefe de Estado Mayor de una de las divisiones de Mina en 1822 y 1823, escrita por él mismo, o relación circunstanciada de su cautividad en los calabozos de la Inquisición, su evasión y su emigración*, 2 vols., Jules Renouard, París.